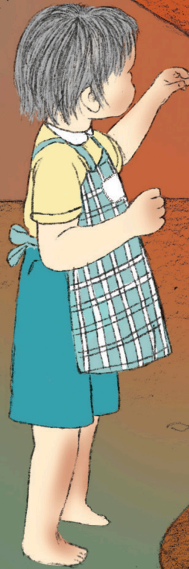


JUAN MANUEL RUIZ JIMÉNEZ

LA LUZ DE LAS COSAS

光
之
源
頭
在
心
中



UNIVERSIDAD
DEL NORTE

Editorial



JUAN MANUEL RUIZ JIMÉNEZ

Escritor y profesor de filosofía y literatura en la Universidad del Norte (Colombia). Fue profesor de filosofía en la Universidad París VIII (Francia) y coordinador de los Dialogues philosophiques de la Maison de l'Amérique Latine (París). Es doctor y magíster en Filosofía de la Universidad París VIII, y realizó un pregrado en Ciencias Políticas en el Institut d'Études Politiques de Toulouse (Francia), y en Estudios Literarios en la Universidad Nacional de Colombia. Es autor del relato "Baucis" que aparece en la antología de cuentos *Primeras Impresiones* (2019), y de varios artículos científicos.

LA LUZ DE LAS COSAS

ᠯᠠ ᠯᠤᠵᠤ

ᠳᠡ ᠯᠠᠰ

ᠴᠣᠰᠠᠰ

JUAN MANUEL RUIZ JIMÉNEZ

LA LUZ DE LAS COSAS



Área metropolitana
de Barranquilla (COLOMBIA), 2020

UN UNIVERSIDAD
DEL NORTE
Editorial

Ruiz Jiménez, Juan Manuel.

La luz de las cosas / Juan Manuel Ruiz Jiménez. -- Barranquilla, Colombia: Editorial Universidad del Norte, 2020.

319 p. : 24 cm.

ISBN 978-958-789-171-3 (PDF)

1 Novela colombiana – Siglo XXI.

(Co863. 5 R934 ed. 23) (CO-BrUNB)



Vigilada Mineducación

www.uninorte.edu.co

Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569

Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

© Universidad del Norte, 2020

Juan Manuel Ruiz Jiménez

Coordinación editorial

Zoila Sotomayor O.

Asistencia editorial

María Margarita Mendoza

Diseño y diagramación

Munir Kharfan de los Reyes

Corrección de textos

Farides Lugo

Ilustraciones y diseño de portada

Norella Magdaniels

Hecho en Colombia

Made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos constituye un delito contra la propiedad intelectual.

A Gabriel y a todos los hombres

Y en la ardiente paz de los sueños naturales,
todos esos pasos infinitos me parecían eternos.

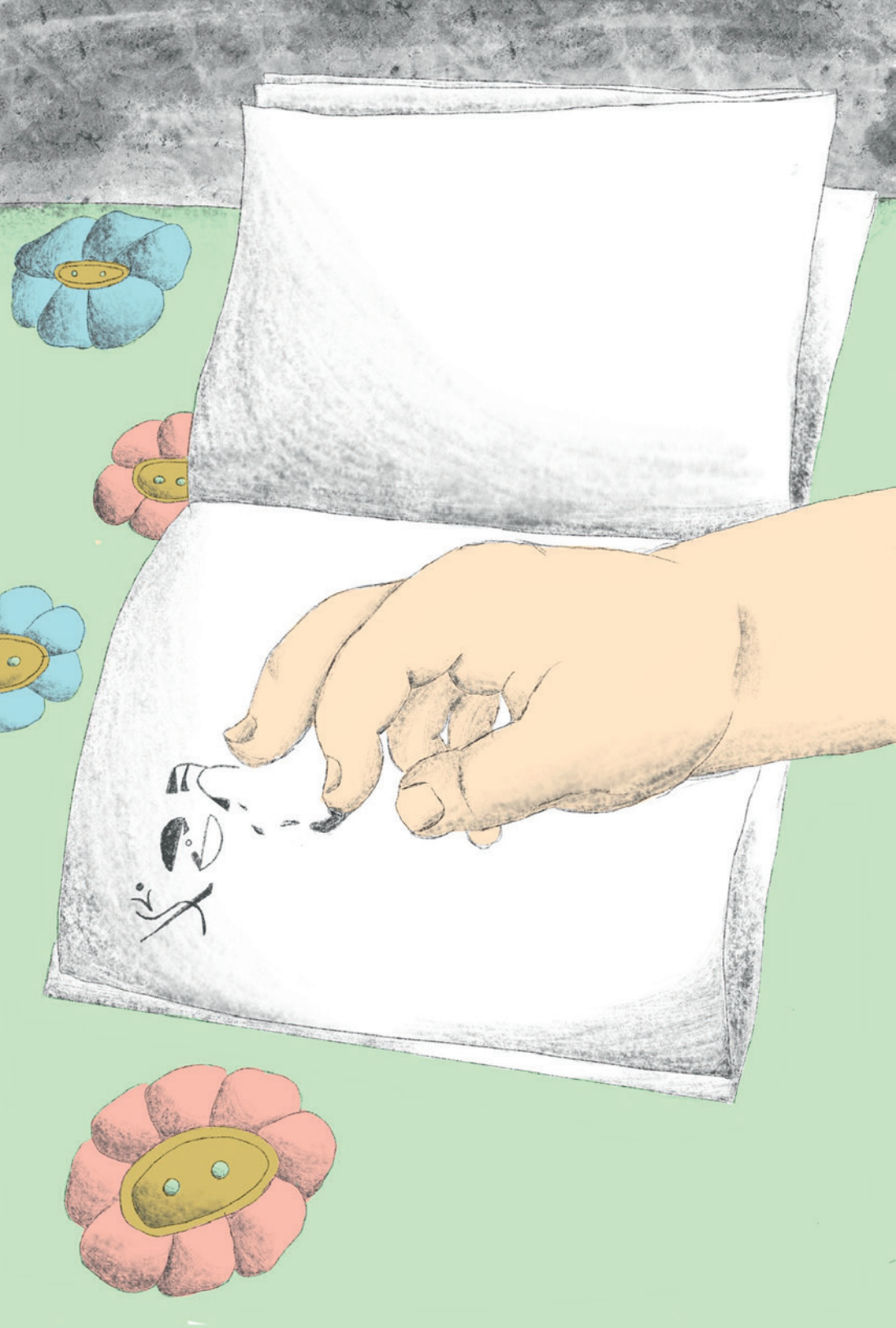
Paul Valéry, *La jeune Parque* v 139-140

Contenido

CAPÍTULO I	
El botón	11
CAPÍTULO II	
Komoa	16
CAPÍTULO III	
El valle	20
CAPÍTULO IV	
Las camas flotantes.	31
CAPÍTULO V	
La gran cama	41
CAPÍTULO VI	
Un despertar.	52
CAPÍTULO VII	
El libro ausente.	68
CAPÍTULO VIII	
Un día de clase	73
CAPÍTULO IX	
La caída	81
CAPÍTULO X	
La gelatina.	84
CAPÍTULO XI	
Los pájaros	93
CAPÍTULO XII	
Errar en la ciudad.	100
CAPÍTULO XIII	
El olvido	114
CAPÍTULO XIV	
La alfombra de flores	124
CAPÍTULO XV	
Las abejas me buscan	130
CAPÍTULO XVI	
El campesino.	141
CAPÍTULO XVII	
El sueño del pan dodecaedro.	154



CAPÍTULO XVIII	
El bosque	170
CAPÍTULO XIX	
El árbol	177
CAPÍTULO XX	
El descenso	188
CAPÍTULO XXI	
La escritura de Gabriel	195
CAPÍTULO XXII	
La casa palaciega	201
CAPÍTULO XXIII	
Los dharmas o los de adentro	211
CAPÍTULO XXIV	
El salón de las esferas	231
CAPÍTULO XXV	
Las almas muertas o los de afuera	248
CAPÍTULO XXVI	
El concilio	266
CAPÍTULO XXVII	
Una voz conocida	272
CAPÍTULO XXVIII	
La gran biblioteca	275
CAPÍTULO XXIX	
La espera del padre	281
CAPÍTULO XXX	
La canción de las abejas	296
CAPÍTULO XXXI	
La alfombra destejada	306
CAPÍTULO XXXII	
El despertar	312
CAPÍTULO XXXIII	
La flor	319



CAPÍTULO I

EL BOTÓN

En medio del valle de luz estoy sentado: en medio del sonido del río apacible, de las hojas de los árboles temblorosas al contacto del viento, del olor de la yerba húmeda y de sus innumerables verdes intensos. A pocos metros del cauce, bajo un sauce de luminoso verde oliva, veo sobre el suelo negro que, en cierta parte, sobresalen unas coloridas protuberancias.

Cuando se roza el suelo con las manos queda en ellas una tierra fina, húmeda y negra, de una textura intermedia entre el talco y la tinta. Cuando me las froto desaparece.

Gateando me acerco a las protuberancias: son como pedacitos de piel, o mejor, sobre la piel de la tierra son como sus lunares, gruesos como mis ojos. Son flores en botón, sin raíces, sin tallo, apenas adheridas al suelo, diríase por la sola virtud de su peso. Un día aparecen en este y poco tardan en abrirse. Al hacerlo emiten un sonido como de resorte: baanggg. Apenas se abren estallan y se graban sobre el suelo negro, clavando en él sus pequeñas raíces. Es común ver las flores; no lo es ver los botones. Las plantas son el origen y fuente de la

luz, y entre todas, son las flores las que con más intensidad la irradian.

Cuando se abren se adhieren al piso como estrellas de mar: las hay índigo, aguamarina, verde esmeralda. La variedad de sus colores se exhibe vigorosa y nueva como si se tratara de la cola abierta y trémula de un macho y joven pavo real en su cortejo iridiscente y majestuoso.

El abanico de sus rojos y violetas, de sus insospechados y nebulosos rosados, de sus azules tenues y pacíficos, pasa escrupulosamente por todas las gamas de un amanecer despejado, de cielo mediterráneo. Su color luminoso es cristalino y permite ver desde acá abajo esos puntos brillantes que, según lo han hecho saber aquellos pocos que han logrado subir hasta las alturas, son las puntas de las raíces de unas espigas de arroz que germinan del otro lado del Gran Techo. Así, este se ve constelado por millones de caliptras brillantes, como microscópicos espejos. La luz de las flores permite ver también en las alturas la caravana de camas flotantes que desfilan permanentemente en fila india.

Antes solía venir al valle atraído por los olores de las flores. La variedad de estos parecía no tener fin, era un deleite dejarse guiar y entorpecer por los perfumes exuberantes de aquella sinfonía olfativa. Los aromas se respondían con el zumbido de las abejas que, hipnotizadas como yo por el aire perfumado, venían de muy lejos a esos núcleos fra-

gantes. Pero esos olores se fueron haciendo más tenues, más monocordes, hasta su desvanecimiento completo. Es solo en mi memoria que con un enorme esfuerzo puedo aún visitarlos.

En este instante me topo con unos botones. Cosa rarísima, ya que en ese estado, quizá para protegerse, no irradian luz alguna. En su silencio virginal son quizá lo más hermoso que haya visto. Es por eso que quiero dejar por escrito esta experiencia. En la parte superior de mi delantal, a la altura del pecho, hay un bolsillo. Al introducir la mano, se tiene acceso a una cavidad cálida que se halla dentro de mi cuerpo, en la que guardo mi libro de experiencias, justo al lado de mi corazón. Abro la ranura, lo palpo con delicadeza — noto que su superficie palpitante está caliente— y saco el libro que yace a su costado. Lo abro en la última página que llevo escrita con el fin de consignar mis presentes observaciones. Muerdo la punta de mi dedo. Enseguida brota la tinta:

“Hay unos cinco botones reunidos, todos de colores diferentes. Presiono con mi dedo pulgar uno que es de color violeta. La protuberancia se revienta y una tinta violácea se esparce sobre el suelo negro, invade un pequeño terreno en el que se graba, pero no a manera de flor, sino como una simple mancha informe. Quiero despegarla, pero al intentarlo me doy cuenta de que es muy difícil. Me esfuerzo otro poco y la mancha se desprende con

todo y el pedazo de suelo sobre el que ha quedado impresa. Tras el esfuerzo he quedado tendido de espaldas. De repente escucho el sonido a bajo volumen de una corriente de viento. Me incorporo y veo que en el suelo ha quedado un hueco. Me acerco gateando hasta su borde, inclino mi cabeza y me percato de que el sonido del viento viene de él. Tengo miedo de haber hecho algo indebido. Vuelvo a poner el pedazo de suelo violeta sobre el hueco. El sonido del viento ha dejado de escucharse, pero su eco inquietante resuena todavía en mi mente”.

Guardo mi libro en el bolsillo. Limpio mi dedo con la tierra y las hojas que yacen aquí y allá. No quiero aplastar los otros botones porque sin duda sucedería lo mismo. Pero quiero... tomar uno y llevarlo a Komoa, mi casa. Lo deseo para deleitarme tocando a mi antojo la perfección de su forma esférica. Dentro de la obscuridad que impera afuera del valle, en donde vivo, sentir mediante el tacto el esmero con el que la naturaleza engendró algo tan divinamente simétrico y regular, me dará la impresión, más que de tocarla, de verla.

Mi casa es una colmena cuyas abejas la abandonaron un poco lejos del valle. Yo la llamo Komoa porque cuando estoy dentro de ella he notado que algunas palabras que pronuncio le gustan mucho. Me hace saber que una palabra es de su agrado mediante un sonido que emite y suena así: “Komoa”. Si digo “flor” suena “Komoa”, si digo “colmena”

suenan “Komoa”. Mi casa parece complacerse de que la llame por su nombre. Y es seguro que es el suyo porque cuando la llamo “Komoa” pensando en Komoa, me retribuye la atención que le doy haciéndose más cómoda que de costumbre: sus estructuras en colmena se lubrican de miel y las paredes se tornan suaves como cojines de plumas, su temperatura se hace tibia como leche recién ordeñada y el sueño en estas condiciones es sereno.

El botón que quiero llevar a casa es uno que tiene dos colores: es una esfera blanca con dos polos azul oscuro. Lo despego con suma delicadeza y en el suelo no queda marca alguna. Tan rápido como me lo permiten mis cuatro miembros, me voy a mi hogar con el botón en la boca. Cuando llego froto el techo de Komoa y al contacto siento que el diafragma que tiene en su parte superior se abre. Entro, llamo a mi recinto por su nombre y de inmediato me corresponde haciéndose cálido, suave y apacible. Acomodo mi cuerpo en este útero familiar y reposo mi cabeza haciéndola penetrar levemente entre una de las blandas paredes: como si se hallara descansando sobre el pecho y entre los senos de un ser protector, me abandono al sueño.

CAPÍTULO II

KOMOA

Despierto... incomodidad... cuello adolorido... mi cuello está encorvado. Oscuridad y angustia. Yo, mi casa, yo en mi casa. Por alguna razón no tengo suficiente espacio en el interior de Komoa. Apretado todo mi cuerpo contra la superficie interna de la colmena, al punto que mi cara se estruja contra sus paredes, tanteo mal que bien el cuerpo que empuja mi espalda, y entonces me doy cuenta de que se trata del botón. Preso de temor constato que este ha aumentado de tamaño, ahora es grande como dos o tres cabezas mías. Es preciso salir de casa, pero no puedo desplazarme sin asfixiar. Tras un sudoroso esfuerzo, logro darme la vuelta para quedar de frente al botón. Con el objetivo de sacarlo, procuro abarcarlo con mis brazos, pero es tan grueso que no cabe por el diafragma. En medio de esta incómoda lucha descubro que la piel del botón se contrae y se dilata, creciendo cada vez más. ¡Debo salir! Intento esta vez dejar el botón y salir yo primero... hmmm.

Realizando un esfuerzo desesperado y doloroso, por fin logro sacar la cabeza, y contorsionándome cual gusano saliendo de una fruta, me las arreglo para hacer emerger mis miembros anteriores. Cuando intento sacar fuera mi tronco, la presión

que ejerce el botón contra la colmena me hace casi chillar por lo triturado que queda mi estómago. Pese a ello, mi frenesí contorsionista me permite al fin alcanzar mi propósito. En un último despliegue de vigor enfermizo, alcanzo a extraer mis miembros posteriores, no sin antes experimentar la sensación insoportable de que por poco se me quiebran. Al tirarlos fuera caigo al suelo. Poco a poco vuelvo a respirar con calma. Aunque ya siento alivio por verme ileso, tomo consciencia de un hecho alarmante: ¡el botón se ha quedado dentro de Komoa! ¡Necesito que salga de ahí! Intento adentrar mis manos por el diafragma, pero ya el tamaño del botón es demasiado grande para que puedan maniobrar. Permanezco en silencio con el pecho helado porque por su propia iniciativa Komoa nada hace para expulsar al intruso. A no ser que no lo considere como tal... Pero en ese caso yo...

Recuerdo la ocasión en que descubrí a Komoa: estaba deshabitada. En algún momento debió encontrarse dentro del área del valle, pues las abejas solamente construyen colmenas al interior de este. Las abejas que la construyeron debieron abandonarla al poco tiempo de apagarse las flores de luz que la circundaban. Y es que, en medio de dos despertares, empezaron de repente a apagarse. Desde que puedo acordarme, este valle viene encogiéndose de forma lenta y progresiva. Dicho esto, no recuerdo haber visto que sus fronteras luminosas

llegasen tan lejos. En todo caso, al encontrar la colmena vacía tuve la extraña impresión de que ella me invitaba a entrar... y yo acepté. Al entrar en ella la hice mía y fui suyo... y casi sin darme cuenta se transformó en mi hogar... Esto fue hace muchos, quizá cientos de despertares. Todavía me topo a veces con algunas abejas; aunque esto es cada vez más raro. La frecuencia de estos avistamientos se ha reducido a medida que el valle decrece. El nacimiento y regeneración de las flores se ha entorpecido ya que, a falta de abejas, deben asegurar por sí mismas su polinización. Se me ha hecho evidente que la vida del valle está llegando a su término.

He intentado explicarme el motivo de la partida de las abejas. Una sola cosa es clara: he observado su comportamiento irregular, pues cuando se acercan a las flores, lo hacen cada vez más con mayor indiferencia, como si estas ya no ejercieran verdadero atractivo en ellas. Y es cierto que algo de su atractivo han perdido incluso para mí, desde el momento en que se desvaneció su olor. Fue de manera repentina que ocurrió. Suceso insólito que los de adentro explicaron ligándolo a un acontecimiento escalofriante: dijeron que habían visto una masa brillante deambular pesadamente por el valle, y que al poco tiempo había retornado a la obscuridad de donde había surgido. El asunto es que desde que se presentó esa criatura informe, se han hecho escasos los seres de adentro. Los pocos con los que

me he cruzado en los últimos tiempos atribuyen la reducción de su número a ese suceso. Dicen que quienes estuvieron muy cerca de ella enloquecieron, y al poco tiempo dejaron de mostrarse en el valle, yendo a engrosar sin duda el número de los de afuera. Como sea, el paso de esa cosa extraña debió influenciar también en las abejas, las cuales cesaron de realizar sus bellas danzas, esas que efectúan para anunciar el hallazgo de nuevas fuentes de néctar. Como si ya no encontraran la vida en las flores, las vi frecuentarlas cada vez menos. Al cabo de poco tiempo empecé a encontrar varias colmenas abandonadas: colmenas vacías, olvidadas como Komoa.

Ahora soy yo el que se ve obligado a dejarla, porque ella se ha convertido en el receptáculo de este botón gigante. Deberé ir en busca de otra guarida en las sombras, alrededor del valle, pues es impensable buscar alguna dentro de este, exponiéndome de manera constante a las miradas de los de afuera. Si no me quiero volver como esos vagabundos, no solo me es preciso alternar mis jornadas entre la luz y la obscuridad, sino encontrar un nuevo nido en el cual dormir y soñar. Antes de buscar una nueva casa voy a atravesar el valle, porque quisiera ver una vez más el lugar donde se encuentran esos botones, donde cometí el error de apoderarme de uno de ellos: violencia innecesaria y egoísta, ya que desligándolo del entorno natural que era el suyo y le convenía, solamente para satisfacer mi capricho ornamental, provoqué mi propio desarraigo.

CAPÍTULO III

EL VALLE

Llegar al valle desde el punto de las tinieblas en el que se encuentra la colmena no es difícil. Basta ir hacia el campo de luz que se irradia de él y que desde afuera se distingue con claridad. Al acercarse uno, se van haciendo más y más audibles los multiformes y agudos gorjeos de las diversas aves que revolotean entre las ramas o que reposan en las cimas de los árboles. Crece asimismo por oleadas el canto de las cigarras, como un himno murmulado por la noche iluminada; se va haciendo más diáfano el sonido del curso del río y con cierta regularidad se advierte el rumor precavido de veloces ardillas y lagartijas. Siempre que me acerco al valle una viva emoción se abre en todo mi ser, ya que siento que entro en el mundo de las cosas visibles.

Cuando estoy en la obscuridad de sus inmediaciones, yo estoy conmigo mismo y no escucho otras voces aparte de la mía. Cuando veo su luz, luego de pasar un cierto tiempo en las sombras, siento que no estoy solo en el mundo y comprendo que me es necesario alternar mi existencia entre la vida en la luz y el reposo en la lobreguez. Ver la luz suscita en mí la impresión de que otros ojos, además de los míos, pueden verme, de que otras

mentes, aparte de la mía, pueden pensarme. Así es que nunca me acerco a ella sin experimentar cierta aprensión. Y es que al ingresar en el valle luminoso me siento expuesto no solo a las miradas de los de adentro, sino a las de los de afuera. Debo decir que son las de estos últimos las que más me incomodan. Esos de afuera que permanecen siempre en la obscuridad y que optan por ver sin ser vistos, que prefieren conocer lo que se muestra, retrayéndose en la invisibilidad y el silencio de la noche. Esos que viven de la vulnerabilidad de los que se dejan ver y que, del mismo modo como yo lo hacía al inicio de mi existencia, entienden forjarse un halo protector. Viviendo en la eterna obscuridad no se dan cuenta de que poco a poco se convierten en fantasmas trémulos e indecisos, sumidos en una condición peor que la de los insectos, ya que están habitados por esa permanente contradicción de intuir sordamente que la verdadera vida está en la luz, y que por temor a quemarse nunca se resuelven a tocarla. De esos de afuera solo me ha sido dado sentir la opresión de sus miradas y deducir por sus murmullos tristes y angustiosos su presencia lamentable.

Jamás he sabido de dónde vengo. No sé si mi vida comenzó en el valle o fuera de él, si surgió de la luz o de las tinieblas. ¿Acaso de su frontera? En las imágenes más distantes que tengo en mis recuerdos veo siempre el valle y sus límites con las tinieblas.

En una ocasión un ser de adentro me contó que en tiempos remotos la totalidad del mundo estaba cubierto de vegetación luminosa. Las tinieblas no existían y no se hablaba de los de adentro y los de afuera. Todo podía verse de manera permanente. Pero no me explico cómo pudo ser posible semejante cosa, ya que eso implicaría que todos los seres vivían en la luz y no temían verse los unos a los otros. Todos los seres que he visto tienden como yo a esconderse bajo las sombras al cabo de cierto tiempo, incluso los que nos autodenominamos “los de adentro”, es decir, aquellos que somos capaces de entrar y salir del valle. Nadie ha sido capaz de quedarse en él de manera definitiva... por lo menos no sin volverse loco... como los de afuera.

Una vez intenté quedarme en el valle, esforzándome por no irme, mas no pude soportarlo, porque empezó a ganarme un terrible vértigo. Comencé a sentir vergüenza. Fue como si los ojos de los otros empezaran a perforarme hasta las entrañas. Tuve que esconderme... ¡Tuve que esconderme porque sentía que bajo las miradas me estaba muriendo! Busqué la espesura de la noche reptando como una serpiente, porque no lograba mantenerme gateando sobre mis cuatro extremidades. La vergüenza devoraba la fuerza de mis miembros y tuve el impulso de enterrar mi rostro en la tierra y avanzar a ciegas, huyendo, huyendo de la luz que le permitía a esos seres odiosos... mirarme... porque odiosos

eran todos... Y es que en esos momentos de horror no diferenciaba entre los de adentro y los de afuera: la idea de que existieran ojos me era insoportable. Tuve incluso el impulso de cerrar los míos creyendo que así nadie me vería. Con los ojos cerrados me arrastré en lo que creí era una línea recta... durante mucho, muchísimo tiempo, hasta que los abrí. Al ver que las cerradas tinieblas me envolvían, sentí como si se trataran del agua preciosa que busca un ser vivo que por largo rato anduviera deshidratado. Así es que bebí de esas aguas nocturnas, hasta que sanaron las heridas que en mi piel habían provocado las miradas.

Fue esa vez cuando descubrí a Komoa, lejos, lejos del valle. Al tacto comprendí que se trataba de una colmena, como las que había en el valle. ¿Pero qué hacía lejos de este, cuando las abejas acostumbra-
bran vivir en medio de la vegetación? Ese día entendí que había algo de verdad en aquello que me había dicho aquel ser de adentro respecto a la talla del valle en la antigüedad. Si bien es poco probable que la totalidad del mundo haya sido alguna vez un único bosque de luz, lo que sí es seguro es que hubo un tiempo en que los límites del valle se extendían hasta confines mucho mayores que los presentes. En algún momento aquellas abejas que fabricaron a Komoa debieron verse obligadas a abandonar aquel gran valle. Este hubo de empezar, con la muerte de las flores y las plantas, a ce-

derle progresivamente a las tinieblas franjas de su antiguo terreno. Yo entendí que para Komoa este episodio había trastornado su existencia y que era motivo de congoja. A veces, para consolarla cuando la sentía triste, le decía que llegaría el momento en que las abejas volverían y que cuando lo hicieran traerían de nuevo la luz a su vientre: este se volvería a alumbrar como una lámpara en medio de la noche.

Komoa había conocido la luz, pero desde hacía tiempo solo era un recuerdo para ella, sin duda el más precioso. A veces intentaba hablarle de la luz, mas no encontraba otra forma de hacerlo que describiéndole las cosas que yo había visto. De este modo, acariciando unas veces, otras apretando o golpeando su superficie interna, intentaba hacerle ver el objeto descrito: “La luz, Komoa, la luz es... un tronco viejo agujereado, repleto de marmitas...” brgrgrgrg y golpeteo veloz de mis yemas; “la luz, Komoa, es... una hoja verde amarilla surcada por filamentos como las venas de mis brazos...” fillllll y con mi uña trazando caminitos lisos; “es el pequeño río que ondula y se desliza sobre las piedras marrones y grises, salpicando a su paso las raíces y las ramas...” bluc... fchhhh... glu-glu... fac chhhh... y mis manos bien abiertas peinando todas las paredes de Komoa. Era la descripción del río la que más le gustaba, pues siempre que lo hacía me parecía encontrar sus paredes rejuvenecidas. “La luz es...”

Ya pasé las fronteras del valle porque veo puntos de luz a mi alrededor. Jamás me ha sido posible darme cuenta en qué punto exacto es que paso el límite del mundo externo de la noche para ingresar en el valle. Cuando se está lejos de este, se le ve como si fuera un punto de luz, pero al acercársele, llega el instante en el que uno se encuentra adentro. Buscar el límite del valle es como buscar el de un aglutinamiento de niebla.

Al adentrarme empiezo a escuchar con más y más claridad el sonido del río. Apresuro mi desplazamiento, alternando el trote de mis cuatro miembros, hasta que, cerca a unos espléndidos matorrales de hojas naranja, finalmente logro ver el curso del agua. Esta es tan cristalina y en esta parte la intensidad de su corriente es tan leve y su profundidad tan panda, que pueden verse con nitidez las piedras en el fondo. Empiezo a remontar en el sentido contrario de la corriente hasta el lugar del sauce bajo el cual encontré los botones. Acercándome, veo el punto donde debería estar ahora el botón que llevé a Komoa.

Al llegar se confirma lo que me esperaba: todos los botones se han abierto y ahora se han transformado en flores aplastadas en el suelo como estrellas de mar. Emite cada una, según su color, una luminosidad tan intensa que es difícil no voltear los ojos al cabo de un rato. De una emana una pura luz azul, de otra una fucsia, de otra una roja... Aunque

sin fragancia alguna, son hermosas, delicadas. No obstante, algo me resulta extraño: es como si el sonido del viento se infiltrara entre ellas. Las observo con atención y, en efecto, a pesar de que están casi pegadas al suelo, como dibujadas en relieve, tiemblan por efecto de una corriente de aire proveniente de yo no sé dónde. Me acerco a pocos centímetros de ellas para comprender qué sucede, y cuando mi cara está casi tocándolas, siento que una brisa fuerte y fría recorre el suelo hacia una dirección precisa.

Busco el sector hacia donde me parece dirigirse y veo que se trata de una grieta en el suelo. Veo con horror que en vez de la mancha violeta del botón que hice estallar, se ha formado un agujero de varios centímetros. Se produce una fuerte succión hacia dentro del hoyo. Me acerco al borde de este y veo que el área que abarca es mayor que la que se había delimitado con la mancha. Me doy cuenta de que en sus bordes el suelo se desmorona muy despacio, pero de forma continua. Decido asomarme al interior del macabro agujero para ver qué hay allá abajo, y me parece que de ese abismo prieto emana un líquido que asciende con lentitud. Voy a tocarlo con mi dedo, pero cuando apenas lo acerco, un sonido profundo se hace sentir en la superficie de la tierra, como si se estuviera resquebrajando. Me alejo y de la cavidad empieza a emerger despacio una sustancia brillante, espejeante, que se expande hacia todas las direcciones.

Veo que al tocar el puñado de flores que ahí estaba, estas parecen petrificarse, pues al ser recubiertas por ella se tornan grises, quedan envueltas en una palidez homogénea. Además, ese líquido gelatinoso brilla, pero no por sí mismo, sino como un espejo, devolviéndole su imagen a las cosas que se le anteponen. Por eso es que en la obscuridad del hoyo no se veía su brillo, salvo cuando se acercó a la luz de las flores. Pues lo que tomé por su resplandor era el de estas que en él se reflejaban. De repente escucho un “bluaaac” y una cantidad mayor de esa materia brillante surge del hueco y empieza a tocar todas las plantas en torno, y no por la mera inercia de su expansión, sino como si buscara las cosas, como si quisiera comérselas. Mas sin hacerlo (pues las flores y las plantas no son destruidas a su paso), parece más bien drenar, ingerir algo esencial de ellas. Todo lo que toca empieza a perder su luminosidad. Horrorizado, entiendo que debo salir del valle cuanto antes y empiezo a correr lo más veloz que me lo permiten mis cuatro miembros, dando, cada vez que puedo, saltos enormes.

Al llegar al borde del río lo cruzo a nado, y al tocar la otra rivera emprendo de nuevo mi carrera. Atravieso una zona de juncos y lianas y desemboco en un lugar en donde veo una gran cantidad de exuberantes flores. Acelero mi paso y a mitad de esta región florida doy un salto con todas mis fuerzas y caigo sobre unos arbustos de frutas de aire.

Cuando caigo empiezan a estallar como petardos: Ta, ta, ta-ta, ta-ta-ta-ta. Doy otro brinco apoyando mis manos, y doblando las piernas despego, dejando atrás el alboroto de petardos. Al caer, desparovirido sigo corriendo y ya veo, ya veo a lo lejos, las tinieblas circundantes. Al ingresar en ellas no ceso de correr, debo correr, correr, alejarme del valle... Destruí el valle... Destruí el valle... No, no lo destruiste todo, solo una pequeña parte... pero esa cosa se estaba expandiendo... esa horrible materia que brotó del hueco negro... ¡Komoa! ¡Komoa! ¡Todo se va a acabar! ¡Komoa! ¿Dónde, dónde está Komoa? Maldito botón, miserable yo por haberlo arrancado... ¡Komoa!

Llego al sitio donde se encuentra Komoa, con ira, con ganas de arrancar el botón de la colmena y llevarlo de nuevo a su lugar de origen. Tal vez devolviéndolo a su sitio esa lúgubre materia retorne a las entrañas de la tierra. Pero y el botón que destruí... ¿Cómo reparar eso? No importa, debo devolver ese botón a su sitio. En medio de la obscuridad me acerco al emplazamiento exacto en donde se encuentra la colmena, mas al tocarla, si bien me doy cuenta mediante el tacto de que se trata de ella, con detenimiento entiendo que es ahora gigantesca, que se ha inflado con desmesura. Le doy el contorno tocándola con mis manos, y cuando le he dado la vuelta entera, de más de 12 cuerpos a la redonda, empiezo a escalarla. Es gigante, por sus bordes en